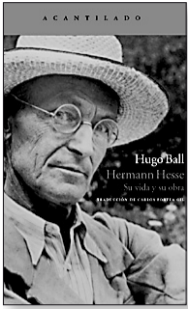


LITERATURA



HERMANN HESSE. SU VIDA Y SU OBRA

HUGO BALL

ACANTILADO, 2008

240 PÁGINAS, 17 EUROS

PERIPLIO ESPIRITUAL

Cuando Hermann Hesse cumplió cincuenta años, en 1927, su amigo Hugo Ball, a quien conocía desde 1920 y con quien compartía entonces la condición de "enemigo de la patria" por su oposición a la guerra, le dedicó este libro que, más que una biografía estricta, es una minuciosa descripción de un periplo espiritual desde la proximidad de quien comparte universo. Hugo Ball, figura clave en la fundación del dadaísmo y estudioso de la obra de Nietzsche, fue un hombre de su tiempo, y su vida parece encarnar las pasiones y contradicciones de la sociedad europea del primer cuarto de siglo. Libro, por tanto, que se despliega en aquella mágica zona en que vida y literatura se confunden.



BOLAÑO SALVAJE

EDICIÓN DE EDMUNDO PAZ Y GUSTAVO FAVERÓN

CANDAYA, 2008

504 PÁGINAS, 24 EUROS

HUELLAS DE UN INCONFORME

Roberto Bolaño (1953-2003) ha pasado, en muy pocos años, de ser un poeta marginal a ocupar un espacio medular en el imaginario de las últimas generaciones de lectores, que perciben en él una nueva manera de concebir el mundo de las letras como una aventura pasional. A medida que la influencia de Bolaño crece, la crítica trata de comprender su vida y de acceder a la tierra todavía salvaje y secreta de sus mundos ficcionales. Explorar desde perspectivas y enfoques muy diversos el universo Bolaño es el propósito de este libro colectivo en el que participan, entre otros, Juan Villoro, Rodrigo Fresán, Ignacio Echevarría, Enrique Vila-Matas o Carmen Bullosa.

[IRAKURKETA IBILTARIA]

ASÍ QUE DEBE SER CIERTO

La vista desde Castle Rock /
Alice Munro / RBA, 2008

Ana ARREGI

Cómo es la frontera entre Canadá y Estados Unidos? ¿Es como cualquier otra frontera? ¿O es más sutil, menos violenta, más condescendiente? Desde aquí, una tiene la impresión de que la alargada sombra de los Estados Unidos oculta esta porción del mapa. Canadá desde aquí son lagos, montañas, bosques de arces y pinos, zorros plateados. ¿Y los canadienses? Antes, los hombres, llevaban gorros hechos con las pieles de los animales que ellos mismos habían cazado. ¿Y las mujeres? Silencio. No hay imagen prefabricada

una autopista, dibujan también el mapa de la literatura canadiense actual. Y en castellano acaba de ser traducido *La vista desde Castle Rock*, de Alice Munro, una especie de carta de navegación para dibujar la memoria de una familia que emigró de Escocia en 1818 y cuyas huellas en tierra canadiense todavía pueden adivinarse en cementerios desconocidos del año 2004. La línea de la memoria que traza *La vista desde Castle Rock* sigue viva en la escritura de Alice Munro, descendiente de esa familia de pioneros, en la cual en cada generación «hubo un aficionado a escribir cartas largas, directas y a veces escandalosas, y a trasladar al papel minuciosos recuerdos».

Pero, ¿qué es *La vista desde Castle Rock*? ¿Es una novela familiar? ¿Una autobiografía? La propia Alice Munro nos informa en el prólogo que durante años se de-

Ficción y verdad se aproximan en *La vista desde Castle Rock* hasta tal punto que la frontera es indistinguible. Como en nuestro concepto del pasado o en la representación imaginaria que hacemos de determinadas fronteras políticas, la de Canadá y los Estados Unidos, por ejemplo, de lo que se trata es de construir una historia en la que, para enmascarar los huecos que la verdad no puede cubrir —qué es la verdad, se preguntó Nietzsche, y sólo pudo responder: metáforas, metonimias, antropomorfismos—, se hace una argamasa con la ficción. Pero esa ficción vive en nuestras mentes casi al mismo nivel que la verdad. Y de la conciencia de este hecho, que nuestros recuerdos, o los recuerdos de los "nuestros" y que hemos heredado, mezclan a partes iguales lo que pasó con lo que queremos creer que pasó,



para la mujer canadiense. Hay que bucear en la piel del castor.

La literatura canadiense tiene una voz que, a veces, no permite escuchar el resto de voces. Margaret Atwood es uno de los nombres que barajan las loterías del Nobel cuando se acerca la fecha en que conocemos la firma del galardonado. Margaret Atwood simboliza para la Academia de Suecia, o al menos para la prensa que dice hacerse eco de las deliberaciones finales, el nombre que representa a la literatura canadiense y a la condición femenina. Y, aunque no se trate de restarle méritos a Margaret Atwood, esta obsesión por crear siempre representantes genuinos y únicos de cada lengua o cada frontera oculta otros nombres y otros textos, que se extienden como lagos, bosques frondosos, pieles de animales plateados, larguísimas carreteras que cruzan un país que, a veces, solamente conocemos por sus postales.

Alice Munro, Anne Michaels, Michael Ondaatje son algunos de otros autores que, como los nombres de los pueblos y ciudades que van marcándonos la ruta en

dicó a reunir todo el material que sus antepasados habían dejado escrito a lo largo de dos siglos:

«En el transcurso de los años reuní todo este material que, casi sin darme cuenta, empezó a cobrar forma por sí solo, aquí y allá, para convertirse en relatos o algo por el estilo. Algunos de los personajes cobraron vida a partir de sus propias palabras; otros, surgieron de determinadas situaciones. Sus palabras y las mías, una curiosa recreación de vidas, en un entorno concreto tan verídico como puede llegar a ser nuestro concepto del pasado».

La vista desde Castle Rock es un conjunto de relatos, afirma tajante Alice Munro. Y en ellos «se concede más importancia a la verdad de una vida de lo que suele hacer la ficción. Pero no tanta como para dar fe de ella. El relato que podría calificarse de historia familiar se ha desarrollado y convertido en ficción, siempre dentro del marco de una historia auténtica. Y al evolucionar, las dos corrientes se han aproximado tanto que han acabado confluyendo en un solo cauce, como ocurre en este libro».

surgen los relatos encadenados que forman *La vista desde Castle Rock*.

El tatarabuelo de Alice Munro, o quizá fue el padre de su tatarabuelo, llevó a su hijo, Andrew, al castillo de Edimburgo —Castle Rock—, junto a otros hombres de la taberna. Comenzaron a subir por peldaños de piedras desiguales dentro de lo que, parecía, era una torre sin techo. Subieron aún más por la escalera de caracol y al final salieron a una roca desnuda desde donde la tierra caía escarpada. Desde allí, el padre les dijo que aquello que se veía más allá era América. Andrew supo que no estaba viendo América, aunque tardó unos años en conocer los mapas lo suficiente para saber que había estado viendo el Fife. Como Andrew, Alice Munro sabe que salvo por los diarios que conserva de sus antepasados, y las cartas, y la novela que escribió su padre, las historias que se entrelazan en *La vista desde Castle Rock* son todas invenciones suyas. «La vista del Fife desde Castle Rock aparece mencionada por Hogg, así que debe ser cierta».